

"EL DIALOGO ENTRE FE Y CULTURA"

Paul Cardenal Poupard

Discurso de apertura en la Universidad de Santo Tomás, en Manila, el 14 de enero de 1996, en un coloquio de la Federación de Conferencias de Obispos de Asia (publicado en Culturas y Fe, vol. IV, n° 1, 1996).

Volver a Manila me trae hermosos recuerdos de mi anterior visita a mediados de la década del setenta. Esta fascinante megápolis, animada de vida y actividad, con sus abundantes millones, recibió como huésped al Papa Juan Pablo II el pasado enero, cuando fue saludado por un fabuloso y emocionante verdadero mar de humanidad. La calidez y la bienvenida, el ritual y la religiosidad, la música y la melodía, el canto y la danza, están entrelazados en la verdadera fábrica de la cultura y la hospitalidad filipinas.

No es mera coincidencia que este coloquio sobre «Diálogo entre fe y cultura» es auspiciado por la Universidad de Santo Tomás, gracias a la bondadosa generosidad del Rector y de la Facultad. Esta Universidad, la más antigua de Asia, fundada en 1611, y tan eficazmente dirigida por la Orden Dominicana, no sólo ha sido un bastión de la ortodoxia y de la doctrina cristianas, sino que incluso a través de la diversidad de facultades y disciplinas, ha sido un punto de encuentro para la confluencia de la fe y la cultura. En su amplio jardín, el pasado enero, el Santo Padre expuso sobre el rol de la universidad a la Facultad, al staff directivo y a los estudiantes. En esa ocasión el Papa sostuvo:

«En consecuencia, una universidad no sólo debe impartir conocimiento de acuerdo con los principios y métodos de cada área de estudio y con la correspondiente libertad de investigación científica. Además debe educar a los hombres y mujeres que serán los verdaderos líderes en los ámbitos científico, técnico, económico, cultural y social. Además, ella tiene que ser una comunidad con la misión de *capacitar a los líderes en el ultra importante campo de la vida misma*; líderes que hayan hecho una *síntesis personal entre fe y*

cultura, que estén deseando y sean capaces de asumir tareas al servicio de la comunidad y de la sociedad en general, dando testimonio de su fe tanto en privado como en público.»
(*Speeches of His Holiness Pope John Paul II*, Word and Life Publications, Makati, Metro Manila, 1995, p. 22)

1. La fe y la cultura necesitan dialogar

Estas palabras del Santo Padre nos proporcionan un punto de partida para este coloquio que estamos celebrando. El intercambio, el diálogo, la simbiosis entre fe y cultura es lo que nos interesa esta mañana. Es justamente una síntesis de esta clase que es necesaria y a la vez fructífera. Mi tarea es inaugurar este coloquio, comenzar de alguna manera. Si me permiten modificar la imagen, pintar un cuadro lo suficientemente amplio y ofrecer una visión sobre todo suficientemente extensa, de modo de proporcionar un sistema lo más extenso posible para la constelación de expertos para continuar y tener suficiente espacio y creatividad para rellenar el panorama con detalles específicos y relevantes.

«La pregunta sobre la relación entre fe y cultura es en un sentido tan antigua como el cristianismo mismo. Surgió en una forma particularmente aguda en el primer siglo, cuando la Iglesia primitiva se vio frente a difíciles interrogantes sobre la admisión de los gentiles a la comunidad cristiana... Esto continuó hasta obligar a la Iglesia primitiva hacia el fin del segundo siglo cuando la Iglesia hizo su peregrinación desde una matriz ampliamente judía hacia una cultura helenística. Esta misma pregunta obsesiona a la Iglesia hoy, cuando emprende su penoso camino de ser una realidad predominantemente europea para ser una Iglesia mundial.»
(Dermont Lane, *Faith and Culture: The Challenge of Inculturation*, Religion and Culture in Dialogue, a Challenge for the Next Millennium, The Columbia Press, Dublín, 1993, p. 11)

¿Quién puede negar que este diálogo y síntesis son necesarios? «La síntesis de cultura y fe no es solamente una exigencia de la cultura sino también de la fe, porque una fe que no deviene cultura no está totalmente aceptada, no es enteramente pensada ni es plenamente vivida» (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*, 1995, n. 78). Al igual que un árbol que no puede dar fruto a menos que heche raíces en el suelo en el que ha sido plantado, también la fe necesita ser implantada y contextualizada en la cultura en que arraiga, así puede producir fruto evidente. Pero en orden a realizar esto, la fe necesita dialogar con el mundo en el que se contextualiza. La fe, de hecho, tiene que iniciar y promover a la vez este diálogo. El diálogo exige la difícil disciplina de la escucha: no precisamente escuchar con el oído sino más bien escuchar con el corazón. Escuchar con el corazón exige compasión, espíritu crítico, desafío y confrontación. Este escuchar que constituye el núcleo del diálogo entre fe y cultura es recíproco. Es precisamente en la reciprocidad de este escuchar que tanto la fe como la cultura se enriquecen. Cuando este escuchar está ausente, el diálogo resulta estéril y árido. En este sentido, ino tenemos tanto un diálogo cuanto un monólogo de sordos en el que todos hablan y nadie escucha!

2. El rol de la Fe frente a la Cultura

Después de afirmar la necesidad de un diálogo progresivo entre fe y cultura, ¿podemos preguntarnos cuál es el rol que la fe juega en este diálogo? La fe, a mi entender, tiene un triple rol frente a la cultura. Su primer tarea es reconocer y admitir, además de aceptar y apreciar, los valores que están incorporados en la cultura. Hay algo bueno en lo peor de nosotros, así como hay algo malo en lo mejor de nosotros, porque tenemos las impetuosidades de nuestra debilidad y la debilidad de nuestras convicciones. Cada cultura tiene un depósito de valores. Cada cultura tiene su propio tesoro de tradiciones. Cada cultura tiene riquezas y valores que necesitan ser apreciados y dispuestos armónicamente para su crecimiento. Tales valores pueden ser, por ejemplo, el reconocimiento de un Ser Supremo, el respeto por la vida, el respeto por el desarrollo. La fe necesita reconocer y admitir lo bueno que hay en cada cultura porque todo bien -como la verdad- tiene sólo una fuente, Dios mismo.

Pero entonces la fe necesita aceptar y apreciar lo bueno que está asentado en la cultura. En efecto, la fe no nace ni en lo hueco ni en el vacío, siempre es concebida en el seno de la cultura. En ella nace y en ella también se nutre y crece. Paul Tillich destaca con perspicacia:

«La forma de la religión es la cultura. Esto es particularmente obvio en el lenguaje utilizado por la religión. Todo lenguaje, inclusive el de la Biblia, es el resultado de innumerables actos de creatividad cultural... No hay un lenguaje sagrado que haya caído desde un cielo sobrenatural y haya sido puesto entre las tapas de un libro...» (*Theology of Culture*, Oxford University Press, 1959, p. 47)

¿No es esto lo que nos enseña el misterio de la Encarnación? Porque Cristo no nació en el vacío. El se encarnó en el seno de María. Su vida se entrelazó en el tejido social y cultura vigentes de su época. En tanto Palabra de Dios habló con palabras humanas, un lenguaje específico con un particular acento y una definida herencia cultural. El Papa Juan Pablo II destacó precisamente que «la Encarnación del Hijo de Dios, justamente porque fue completa y concreta, fue una encarnación en una cultura particular» (“Discurso a la Universidad de Coimbra”, citado en “Faith and Inculturation” de la Comisión Teológica Internacional; cf. *Origins* [1989], vol. 18, n. 47, p. 800). Esto no significa identificar de modo específico la Palabra de Dios con alguna cultura específica o particular. Mientras las culturas son necesarias como vehículo o medio para expresar la Revelación de Dios que está en el corazón de la fe, la Revelación siempre trasciende a las culturas. Si retrocedemos a nuestra analogía de la encarnación, aun cuando Jesús nació en la cultura judía de su tiempo, como Palabra de Dios trasciende esa cultura. Jesús fue de descendencia judía pero abraza al conjunto de la humanidad. Lo mismo tiene que ocurrir con la fe, puesto que debe ser local en su modo de expresarse en un contexto cultural dado, pero debe ser universal en su contenido teológico. Uno necesita recordar...

«[...] el sistema cultural en el que la evangelización en Asia tiene que ser realizada. Las tradiciones religiosas de las

verdaderas culturas antiguas conservan fuerzas poderosas en Oriente... La Iglesia estima a esas tradiciones espirituales como "expresiones vivientes del alma de un amplio grupo de pueblos... Mientras la Iglesia no rechaza nada de lo que es verdadero y sagrado en las grandes religiones (*Nostra Aetate* 2), ella sólo puede esperar que un día esta preparación para el Evangelio madurará en formas plenamente cristianas y plenamente asiáticas.» (*Speeches of His Holiness Pope John Paul II*, Word and Life Publications, Makati, Metro Manila, Filipinas, 1995, p. 87)

Además de aceptar y apreciar lo que es bueno en la cultura, el rol de la fe es criticar y construir cultura. La fe juzga a la cultura por sus formas y las configuraciones son hechas por la cultura así como su sustrato religioso hace posible a la cultura. «En efecto, existe el riesgo de pasar acríticamente de una especie de alienación de la cultura a una sobreestimación de la misma. En tanto que la cultura es un producto del hombre está marcada por el pecado. También ella debe ser purificada, elevada y perfeccionada» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 54). La fe necesita desafiar y probar a la cultura. Hoy en día hay un creciente énfasis en la elección personal y la libertad moral, tanto que nuestra cultura moderna desaprueba cualquier valor o doctrina que chequea, controla o corrige los abusos en que incurre la elección personal y la libertad. «La transformación gradual por medio de la cual el pecado deviene inmoralidad, la inmoralidad deviene desviación, la desviación se convierte en elección, y toda elección deviene legitimidad, es un retrato profundo del panorama... El cambio ha sido revolucionario» (Jonathan Sacks, *The Persistence of Faith*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991, p. 50). Conducirse de tal modo no es libertad sino libertinaje, no es libertad sino un fraude. Desafortunadamente, hoy en día la libertad tiene diferentes máscaras y disfraces, y si uno no discierne puede llegar a confundir el bosque con los árboles. ¡Justamente son las mentiras como éstas las que tienen que ser desafiadas, expuestas y condenadas, porque una mentira que es repetida con frecuencia, con el transcurso del tiempo, llega a ser considerada como la verdad! «La persona moralmente admirable», como remarca el Rabí Sacks, «ya no es más la

única que está sometida a los valores o al servicio, isino la persona cuyo lema es “hice mi camino!”. La autonomía personal viene a significar que uno no es responsable por nadie» (Donald Murray, “Para servir fielmente al pueblo”, en *The Furrow*, Maynooth, Ireland, vol. 46, n° 11 [1995], p. 609). Como la sal de la que habla el Evangelio, que preserva de la corrupción, la fe necesita preservar a la cultura de la autodestrucción; como la luz que despeja la oscuridad, la fe necesita disipar la oscuridad que puede, y a veces consigue, envolver a una cultura.

3. El desafío de la fe y algunos disvalores en la cultura moderna

A. El individualismo

La fe tiene la misión profética de combatir el individualismo, el consumismo y el secularismo, característicos de la cultura moderna. Estamos viviendo en la era de lo instantáneo: café instantáneo, copia al instante, comunicación instantánea. ¡El paso con el que a veces la cultura moderna se precipita y se apresura nos deja sin aliento! ¡Por lo general nos deja pegados no a nuestros sombreros sino a nuestras cabezas! Hubo en tiempo en que nuestros minúsculos poblados constituían el mundo. Nadie sabía lo que ocurría más allá de los confines de su pequeña villa. Hoy en día todo el amplio mundo se ha convertido en una pequeña villa. Es algo tristemente extraño pero trágicamente cierto que aun cuando técnicamente nuestro amplio mundo se está reduciendo rápidamente, debido a la televisación instantánea y a transmisión de sucesos a través de los medios masivos de comunicación, a los viajes aéreos y a las maravillas de la comunicación informática, al mismo tiempo nos estamos convirtiendo en egocéntricos e individualistas. Nos vanagloriamos de haber conquistado el espacio exterior, pero el profundo espacio interior dentro nuestro permanece inexplorado en casi toda su extensión. Vivimos como tantas islas que flotan en el océano de la vida, golpeadas y zarandeadas por oleadas de cursos de pensamientos y conductas que nos dejan indiferentes e inmunes al sufrimiento y conflictos de los demás. ¡Nuestra vecindad es a veces más que nada una soledad yuxtapuesta! “Cada uno para sí mismo y el diablo alcanza al último” parece ser la orden del día. Son disvalores tan egoístas y egocéntricos

que a veces están tan enclavadas en la cultura, que tienen que ser desafiados, criticados, confrontados y condenados.

B. El consumismo

Está tan próxima la amenaza del consumismo que se ha convertido en parte y parcela de la cultura moderna. Como un bosque de fuego voraz, devora todo a su alrededor y también a nosotros, de tal modo que, lejos de ser los dueños de lo que poseemos, nos vemos reducidos a ser sus esclavos. En vez de poseer, somos poseídos por las cosas que nos pertenecen. El ansia de tener y desear, aun cuando no lo necesitamos, nos carcome como un cáncer progresivo. Mientras el poseedor malgasta, el pobre que sufre necesidad tiene que arañar y rapiñar en barriles con desperdicios, a veces buscando sobras de comida. ¿Cómo podemos adormecer nuestra conciencia al dormir cada noche, si sabemos con certeza que millones de nuestros hermanos y hermanas se acuestan hambrientos, mientras otros tantos millones mueren de inanición? ¿No es injusto que el 80% de la riqueza y recursos del mundo sean poseídos y atesorados por el 20% de su población? La riqueza oprime al débil. Si sólo pudiéramos aprender una lección de la naturaleza. Veamos un árbol. Las raíces profundas alimentan el tronco ancho que a su vez se extiende a las ramas que terminan en las flores y los frutos. La fuerza y el vigor forman la base que soporta y sobrelleva la carga del débil y su enfermedad. ¡Por Dios!, la estructura de nuestra sociedad parece tan trastornada. ¡El débil y el enfermo son empujados hacia el fondo y se supone que tienen que soportar la carga del fuerte y del robusto! Una estructura que es tan desproporcionada está destinada a venirse abajo. No es extraño que haya tanta intranquilidad en la sociedad, tantas revueltas y rebeliones cuando los débiles y desamparados sometidos indignamente encuentran que la carga es insoportable. Una sociedad que está estructurada en forma tan desproporcionada está destinada a resultar tiránica... Se nos da la fuerza no para explotar sino para ser repartida servicialmente. Hemos dividido al mundo en clases y categorías: algunos pertenecen al primer mundo, otros al segundo y aún otros al tercer mundo. ¡Probablemente haya categorías y grados más bajos que éstos! ¿Y cuál es el primer criterio para esta clasificación discriminatoria? La mera

abundancia y bienestar materiales. ¿Están los seres humanos en un nivel más elevado o más bajo en el estrato social, principalmente, porque pertenecen a diferentes niveles económicos? ¿La importancia de una persona tiene que ser medida de acuerdo con el tamaño de su bolsillo? ¿Son las meras abundancia y riqueza el principal criterio para comprender y apreciar a los pueblos y a las naciones?

C. El secularismo

Un tercer disvalor que parece aferrarse a la cultura moderna es el secularismo. Hemos dado tanta importancia al mundo que nos hemos olvidado de su Hacedor. Percibimos el ciclo de las estaciones, y el orden del universo y su armonía cósmica no parecen inspirarnos para volvernos a admirar al Creador. El desafío hoy en día de la fe no radica tanto en el antagonismo y en la oposición sino en la indiferencia religiosa. La indiferencia es mucho peor que la oposición. Cuando nos oponemos a alguien o a algo, al menos reconocemos la presencia de aquél a quien nos oponemos. Por el contrario, cuando somos indiferentes ignoramos y negamos también la realidad y la existencia del otro. La creación entera canta la gloria de Dios. «Oh Yahvéh Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra.» (*Sal 8, 1*)

4. El matrimonio entre Fe y Cultura

Una crítica de la cultura moderna no significa su condena sino más que nada su evaluación y corrección cuando y donde sea necesario. ¡Tenemos que ser cautelosos para no exponer al niño con el agua del baño! Uno solamente tiene que leer los primeros capítulos del *Génesis* para escuchar incesantemente el leit-motiv que nos recuerda que Dios veía que todo lo que El había hecho era bueno. Tanto la fe como la cultura necesitan dialogar, la finalidad de este diálogo tiene que ser la promoción del desarrollo integral, personal y social. En otras palabras, la meta de este diálogo debe ser la promoción de los valores que enriquecen a la vez al individuo como a la sociedad misma. El matrimonio entre fe y cultura tiene que ser realizado, para generar bienestar. Sin la pretensión de anular el viento a los barcos de los expositores que hablarán

a continuación, me gustaría señalar tres áreas de la vida humana, personal y social, particularmente aunque no exclusivamente relevante en el contexto asiático, donde el matrimonio entre fe y cultura puede promover este desarrollo integral tanto individual como social, lo cual es el tema de este coloquio. Estas áreas expresan algunos de las inquietudes que emergieron en las conclusiones de la 6ª Asamblea General FABC que tuvo lugar en enero de 1995. Estas tres áreas son:

1. La promoción de la vida y la familia humana
2. La promoción de la ecología y el desarrollo
3. La promoción de una cultura de la paz

A. La promoción de la vida humana y la familia

En el mencionado foro de la Asamblea FABC, celebrado aquí el pasado enero, los obispos asiáticos afirmaron con una seria dimensión pastoral:

«Ahora, la familia asiática está asediada. Actitudes, políticas, prácticas y valores contra la vida y contra la familia tienen que ser resistidas, frente a la tremenda presión que ejercen sobre la familia asiática. Las formas de vida materialistas y consumistas están destruyendo verdaderos valores humanos en la familia. La eutanasia y el aborto, la esterilización y la contracepción, la determinación del sexo y la manipulación genética son promocionadas. Juntos tenemos que seguir la ley divina tal como nos la enseñó la Iglesia, para proteger y promover a la familia como santuario de la vida.»

El virus de la muerte ha comenzado a infectar gradualmente al Asia, el lugar de nacimiento y la cuna de algunas de las más grandes religiones mundiales. Ningún credo o dogma de ninguna creencia insinuaría algo así como destruir la vida. La vida humana viene de Dios y a El debe volver. El es su único origen y fin. Nosotros no somos los dueños de la vida sino simplemente sus administradores. La vida nos ha sido entregada por Dios. Casi 30 años atrás, el Concilio Vaticano II, en

una exhortación que fue tan profética cuanto relevante hoy día, al dedicar en la segunda parte de su *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* un capítulo entero a la cultura, ha afirmado:

«Cuanto atenta contra la vida -homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado-; cuanto viola la integridad de la persona humana, como por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonoran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador.» (*Gaudium et Spes*, n° 27)

Qué hermoso mundo haríamos si la fe y la cultura unieran sus manos y promovieran este sentido de respeto y reverencia por la vida. La promoción de la vida es, por cierto, la promoción de la familia, desde el momento que la familia es el verdadero santuario de la vida.

B. La protección del medio ambiente y la ecología

La segunda área en la que la fe y la cultura necesitan unir sus energías y orientarse en la misma dirección es la protección del medio ambiente y la ecología. El *Génesis* afirma que después de crear la tierra Dios se la confió al varón y a la mujer. Ellos tenían que cultivarla y someterla. La Creación no tiene que ser vista como un acto realizado de una vez para siempre por Dios, de tal forma que ahora El está disfrutando de un descanso sin fin. Esta visión de la Creación es demasiado estática. Una visión dinámica de la Creación la ve como un proceso continuo a

través del cual Dios sigue sosteniendo el universo creado por El (algo que es necesario a causa de las muchas contingencias que padece todo lo creado), pero El lo sostiene a través de ti y de mí. Es en este sentido que somos co-creadores con Dios, trabajando junto con El para consumir lo que El ha comenzado.

«En efecto, Dios no produce. El trabajo, y su acto creativo es amor. Para el hombre es igual: la producción lo rebaja al nivel de un objeto, mientras que en el trabajo él es un sujeto creativo, libre y responsable, conociendo y en solidaridad con los demás.» (Paul Cardenal Poupard, *The Church and Culture*, Central Bureau, CCVA, 1994, 3835 Westminster Place, St. Louis, MO 63108, p. 37)

¡Esta es por cierto una tremenda responsabilidad! Colaborar con Dios en el proceso permanente de la Creación exige que nosotros usemos la Creación pero que no abusemos de ella; que protejamos el medio ambiente y que no lo polucionemos; que preservemos la ecología y que no la destruyamos. «La tierra tiene que ser vista y preservada como la base vital esencial para todos no una mercadería para negocios o conquistas comerciales. La tierra es nuestra madre.» (S. Arokiaswamy, *Asia: The Struggle for Life in the Midst of Destruction*, FABC Papers n° 70, p. 26). En consecuencia, proteger el medio ambiente y la ecología es proteger la tierra y toda forma de vida.

C. La promoción de una cultura de la paz

Tanto la fe como la cultura tienen que poner toda su atención en la promoción de una cultura de la paz. Por citar un ejemplo, sólo tenemos que observar la televisión para ver por nosotros mismos la proyección despiadada en las pantallas de crímenes, asesinatos, violaciones, robos, guerras y violencia. La vida humana parece tan dispensable que los “héros de gatillo fácil” disparan indiscriminadamente. Estos programas son transmitidos día tras día durante horas, uno tras otro, invadiendo e introduciéndose en la privacidad de los hogares y de las familias, amenazando arrojarnos fuera de la tenue frontera de moralidad sobre la

que estamos precariamente posados. ¿Quién puede negar o dudar del impacto devastador que provoca particularmente en los jóvenes todo lo que se ve en las pantallas de televisión? Es tan fácil trasladar a la calle lo que se ve en televisión. Pero la televisión puede ser un medio tan poderoso si es usado positivamente, para promocionar todo lo que es bueno, verdadero y bello; para forjar vínculos de comprensión y amor; para derribar las barreras que dividen y nos apartan; para fomentar valores que harán de nuestro mundo un lugar mejor y más feliz para habitar y para ayudarnos a vivir en paz y armonía con todos? Necesitamos concientizar a los espectadores para que observen esos programas con espíritu crítico y discreción, y para que eleven sus protestas a las empresas que trafican basura o trivialidad. Dirigiéndose a la Asamblea Plenaria del entonces Pontificio Consejo para el Diálogo con los no-creyentes, que trataba el tema de la búsqueda de felicidad, el Papa Juan Pablo II remarcaba:

«[...] La felicidad es equiparada con el individualismo, en las sociedades que emergen marcadas por el secularismo y la indiferencia religiosa... Para mucha gente, la felicidad no está ampliamente vinculada con la perfección de un obrar moral, ni con la búsqueda de una relación personal con Dios... El Dios vivo y verdadero, a quien Jesús nos reveló, no es un Dios solitario. Entre las Personas Divinas todo es transformado en un don, en compartir, en comunicación, en una expresión eterna de amor. Toda la felicidad y alegría de Dios son la felicidad y alegría de un dar mutuo» (citado en Paul Cardenal Poupard, *¿What will give us Happiness?*, Veritas, Dublin, 1992, pp. 127-128)

No puede ser de otro modo para el cristiano. En consecuencia, compartir la fe tiene que ser un compartir la alegría, la alegría de una hermosa relación personal con Dios, relación que tiene un significado fundamental; la alegría de dar y recibir; la alegría que brota del compartir; la alegría de vivir de acuerdo a la ley de Dios que es amor. “Amo y soy

amado, por eso soy feliz”, afirmaba Samuel Taylor Coleridge, el poeta romántico inglés. La felicidad, se ha dicho, es el arte de hacer bouquets con las rosas que uno recoge. ¡Dios está seguramente entre esas rosas, porque El está en todos lados! Podemos citar al dramaturgo filipino Paul Dumol: “Tranquilidad en el hogar y paz con Dios son parte del ideal filipino de felicidad...”.

Conclusión

Durante el transcurso de este coloquio, diversos tópicos y temas serán tratados por una galaxia de expertos. Los expositores tratarán sobre el impacto que varias religiones provocan en la cultura y también sobre el alcance social que tiene la articulación entre fe y cultura. La fe y la cultura se necesitan mutuamente: aquélla, para encontrar un vehículo de expresión para su contenido; esta última, para encontrar la sustancia de su verdadera existencia. Es mi sincera esperanza y plegaria que los diligentes esfuerzos de todos aquellos que en formas diferentes han contribuido a realizar este coloquio fructifique, posibilitando que los participantes (y a través de ellos muchos otros), mediante este feliz matrimonio entre fe y cultura, puedan abrirse ellos mismos a la plenitud de la vida y del amor que está profundamente arraigada en Dios mismo. Me gustaría finalizar con lo que afirmé en el prólogo de mi libro *The Church and Culture*:

«Nadie puede vivir sin amor. El amor es como un imán oculto en el corazón de varias culturas, invitándolas a traspasar sus límites para abrirse a Aquél que es la fuente y la culminación y que es el único que puede darles la plenitud que ellas buscan." (*loc. cit.*, p. XI).

Esta es la experiencia que Jesús vino a compartir cuando dijo: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.» (*Jn 10, 10*)

[Traducción: José Arturo Quarracino]